

—Del tribunal de Literatura forma parte la Pardo Bazán. Vas a examinarte ante la gran novelista.

Efectivamente, al entrar en el aula ví allí a doña Emilia, con su gesto grave, su pelo blanco, su pecho abultado y unas facciones que no parecía hubieran compuesto nunca un rostro demasiado bello. Comprendí entonces el significado de un chiste que había oído, en el que se la comparaba con un tranvía de Madrid, cuyo número no recuerdo. Preguntaban: «¿En qué se parece la Pardo Bazán al tranvía número tanto»? Y la respuesta era: «En que pasa por Lista y no llega a Hermosilla».

Me llevó luego varias veces a casa de la Condesa mi tío el Marqués de Torres-Cabrera, hermano de mi abuela paterna, que era un viejo hidalgo extremeño, con gran empaque, barba blanca y aficiones literarias muy semejantes a las mías, pues cultivaba un poco el verso y otro poco la Historia. Durante mi primera visita, en un mes de Junio, por los abiertos balcones del salón entraba el repiqueteo en la calle de un organillo, a cuyas notas yo iba poniendo mentalmente su letra:

«...muy chulo y muy barbián.
Y bailando «tié» el chico más labia
que «pué» tener la sabia
de la Pardo Bazán».

Doña Emilia hablaba de la Real Academia de la Lengua. No recuerdo muy bien sus alegatos; tan solamente sé que giraron en torno a su deseo de ingresar en la docta corporación, el sueño dorado de toda su vida, que murió sin ver hecho realidad. Yo seguía poniendo en mi mente su letra a los repiques del incansable organillo:

«... ¡Ay, Cipriano, Cipriano, Cipriano,
no bajas más la mano...»

Mi tío dijo a la Condesa que yo era un muchacho con aficiones literarias, que me gustaba escribir versos y trabajos históricos. Ella comentó, dirigiéndose a mí:

—La Literatura da mucho recreo y muchas satisfacciones íntimas, cuando se está escribiendo; pero algunos disgustos, escasa gloria y poco provecho económico, cuando se publica.

Vi varias veces a la escritora durante aquellos mis años de estudios universitarios, que fueron los últimos de su vida, pues falleció a los setenta de edad —había nacido en 1851—, en su domicilio madrileño de la calle de la Princesa, esquina a Rey Francisco, el 12 de Mayo de 1921. Con la lectura de sus obras, llegué a comprender sus auténticos méritos. En sus páginas sentí el deleite de su prosa, la ternura de su inspiración, las bellezas de la verde Galicia... Pero ni entonces ni ahora he podido deshacer el absurdo enlace que, ante las novelas o ante el nombre de doña Emilia Pardo Bazán, trajo y sigue trayendo siempre a mi mente el recuerdo de aquel chotis castizo.

¿SIN ESPADAS?

Por FERNANDO BRAVO

I

—¡Un mundo, un mundo sin espadas!
(Clama la humanidad doliente
repleta de vitales ansias).

¿Será verdad tanta desdicha,
será posible tal desgracia?

Como si el mal no existiera
y el bien se nos regalara;
como si el laurel,
como si la palma...

II

¿Que fructifique la gloria sin lucha
y se nos dé sin la herida que sangra,
sin el honor de la muerte
o del triunfo en la batalla,
sin el sacrificio
manando esperanza?

III

Mundo ni frío ni caliente,
tibio mundo de muertos-vivos
podrido entre bostezo y náusea,
y la vida en fofo letargo
sin el júbilo de la gracia.

¿Será verdad tanta desdicha?
¡Un mundo, un mundo sin espadas!

Como si Dios, por guardar el Edén,
no armara al ángel con filo de llamas,
como si el laurel,
como si la palma...